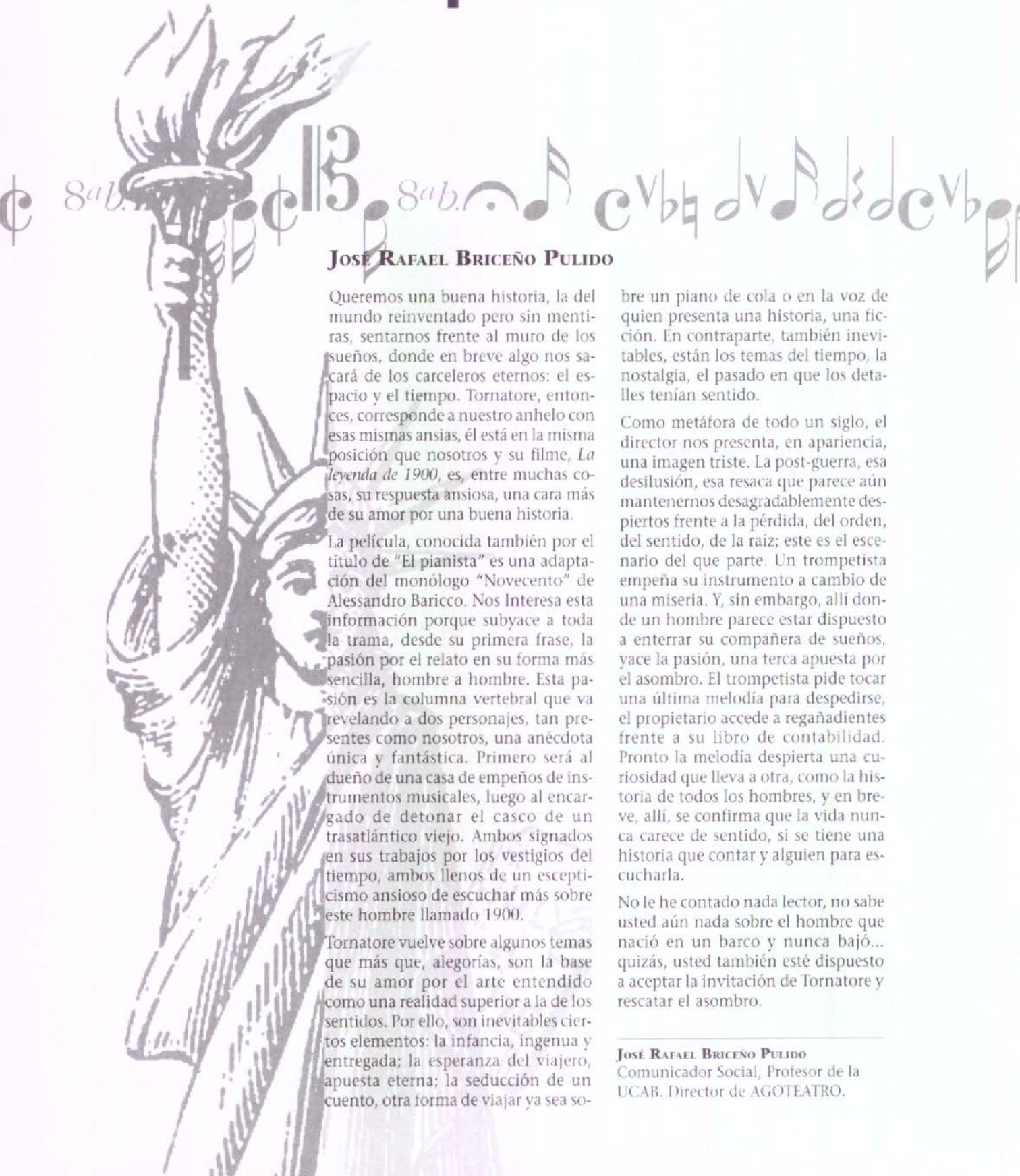


La leyenda de 1900

Recuperar el asombro



JOSÉ RAFAEL BRICEÑO PULIDO

Queremos una buena historia, la del mundo reinventado pero sin mentiras, sentarnos frente al muro de los sueños, donde en breve algo nos sacará de los carceleros eternos: el espacio y el tiempo. Tornatore, entonces, corresponde a nuestro anhelo con esas mismas ansias, él está en la misma posición que nosotros y su filme, *La leyenda de 1900*, es, entre muchas cosas, su respuesta ansiosa, una cara más de su amor por una buena historia.

La película, conocida también por el título de "El pianista" es una adaptación del monólogo "Novecento" de Alessandro Baricco. Nos interesa esta información porque subyace a toda la trama, desde su primera frase, la pasión por el relato en su forma más sencilla, hombre a hombre. Esta pasión es la columna vertebral que va revelando a dos personajes, tan presentes como nosotros, una anécdota única y fantástica. Primero será al dueño de una casa de empeños de instrumentos musicales, luego al encargado de detonar el casco de un trasatlántico viejo. Ambos signados en sus trabajos por los vestigios del tiempo, ambos llenos de un escepticismo ansioso de escuchar más sobre este hombre llamado 1900.

Tornatore vuelve sobre algunos temas que más que, alegorías, son la base de su amor por el arte entendido como una realidad superior a la de los sentidos. Por ello, son inevitables ciertos elementos: la infancia, ingenua y entregada; la esperanza del viajero, apuesta eterna; la seducción de un cuento, otra forma de viajar ya sea so-

bre un piano de cola o en la voz de quien presenta una historia, una ficción. En contraparte, también inevitables, están los temas del tiempo, la nostalgia, el pasado en que los detalles tenían sentido.

Como metáfora de todo un siglo, el director nos presenta, en apariencia, una imagen triste. La post-guerra, esa desilusión, esa resaca que parece aún mantenernos desagradablemente despiertos frente a la pérdida, del orden, del sentido, de la raíz; este es el escenario del que parte. Un trompetista empeña su instrumento a cambio de una miseria. Y, sin embargo, allí donde un hombre parece estar dispuesto a enterrar su compañera de sueños, yace la pasión, una terca apuesta por el asombro. El trompetista pide tocar una última melodía para despedirse, el propietario accede a regañadientes frente a su libro de contabilidad. Pronto la melodía despierta una curiosidad que lleva a otra, como la historia de todos los hombres, y en breve, allí, se confirma que la vida nunca carece de sentido, si se tiene una historia que contar y alguien para escucharla.

No le he contado nada lector, no sabe usted aún nada sobre el hombre que nació en un barco y nunca bajó... quizás, usted también esté dispuesto a aceptar la invitación de Tornatore y rescatar el asombro.

JOSÉ RAFAEL BRICEÑO PULIDO
Comunicador Social, Profesor de la UCAB. Director de AGOTEATRO.